

# Territorio rock

Belén Gopegui construye una fortificación desde donde atacar más que defenderse. La belleza de su nuevo libro, *Deseo de ser punk*, que se publica la semana próxima, estriba en su cálculo, como exigía Calvino de las buenas novelas, cálculo y buena definición

## Deseo de ser punk

Belén Gopegui  
Anagrama. Barcelona, 2009  
187 páginas. 15 euros

Por J. Ernesto Ayala-Dip

HACE UNOS AÑOS se publicó un libro del escritor inglés Nick Hornby titulado *31 canciones*. En él defendía sin ambages la música pop. Nos decía, entre otras cosas, que extasiarse con Sebastian Bach no impide hacerlo con Van Morrison o Santana. Hornby citaba *Smoke*, una bellísima canción del grupo Ben Folds Five. Y recuerdo que afirmaba que esa canción era la mejor que había escuchado nunca sobre la muerte de una relación sentimental. Canciones inolvidables las hay también en la película *Once*. Canciones de rock lidiando con la vida y una banda musical que eriza la piel. Belén Gopegui vuelve a la narrativa con una novela generacional, *Deseo de ser punk*. Y lo hace apelando a esa magnitud evocativa que suelen tener las mejores letras y melodías de rock. En esta nueva novela, Gopegui hace que el rock no sea una música de fondo. O una anécdota. O un relleno de ambientación. Aquí el rock es un lugar. Un territorio esencial. Una fortificación desde donde atacar más que defenderse. Resulta encomiable la operación de sostén estructural que ha logrado Belén Gopegui con el rock en su relato. Una operación similar a la que logró hacer con el dinero en *La conquista del aire*. O con el deseo en *Tocarnos la cara*. O con la corrupción en *Lo raro*. El rock en *Deseo de ser punk* es un eje. Martina, la adolescente de 16 años que está escribiendo una carta a un chico de su curso (la novela que leemos), define la relación con sus padres y con el mundo en general en función de una canción. La relación con los adultos (beligerante o amical) es siempre mediante un título mítico o un disco imborrable. Y con ese caudal de música iracunda, Martina quiere atentar en un acto final contra el conformismo de la sociedad que la rodea.

Hablé antes de *Deseo de ser punk* como de una novela de generación. Las verdaderas novelas generacionales son las intergeneracionales. Las que estudiarían la colisión entre dos mundos antagónicos por edad y hábitos vivenciales. Una novela generacional a secas, que las hay, es un ejercicio literario autocomplaciente y egoísta. Martina no ataca a sus padres. Ni los desprecia por su aburguesamiento. Convive y confraterniza desde la discrepancia y la lucidez de su ingenui-



Jóvenes punkis en el Madrid de los años ochenta. Foto: María Arribas

## No disparen sobre el rockero

SABEMOS QUE Martina ha leído *El guardián en el centeno*. La novela de Belén Gopegui tiene bastante del calado conmovedor que Salinger volcó en su novela capital. Pero no tiene su empeño satírico. No lo necesitaba. Si Holden Caulfield tiene 17 años, la heroína de Gopegui tiene un año menos. Los dos relatos están escritos en primera persona. Y los dos reproducen el lenguaje exacto de su adolescencia. Además Martina, como Holden, tiene a alguien a quien llorar en silencio. Holden a su hermano menor Allie y Martina a Lucas, el padre de su amiga Verónica. En cierta manera Allie y Lucas encarnan ese duelo del corazón que a un adolescente iracundo lo puede prostrar en la desorientación o salvarlo del naufragio. No sé si el lector recuerda que el asesino de John Lennon confesó que la lectura de la novela de Salinger inspiró su absurdo crimen. No sé si Martina conoce este trágico detalle. Pero intuimos que ella nunca disparará al rockero. **J. E. A.-D.** •

# El grito de Trotsky

## El hombre que amaba a los perros

Leonardo Padura  
Tusquets. Barcelona, 2009  
575 páginas. 22 euros

Por Javier Goñi

EN AGOSTO DE 1940, Trotsky en su casa-fortaleza de Coyoacán, en México DF, ultimaba un libro sobre Stalin, que dejó inacabado; incluso la introducción: “La primera cualidad de Stalin era una actitud despectiva hacia las ideas. La idea había...”, y ahí se quedó, pues como es sabido el 20 de agosto un tal Frank Jacson o Jacques Mornard, en realidad el comunista español Ramón Mer-

cader del Río, le asesinó clavándole en la cabeza un piolet (Padura) o un zapapico (según Julián Gorkin, autor del muy célebre, por razones que ahora no hacen al caso, *Cómo asesinó Stalin a Trotsky*). Me detengo en Gorkin: en la contracubierta de una edición barata de 1965, se escribe: “...la obra es una verdadera novela de acción, cuya base real hace más dramática esta historia”. Esta historia, el asesinato de Trotsky, es lo que cuenta Leonardo Padura, autor de una estimable serie policiaca, en la que radiografía moralmente —quédense con el adverbio— Cuba. *El hombre que amaba a los perros* es, sí, el relato pormenorizado del asesinato de Trotsky, contado con gran nervio narrativo —es en sí misma

una apasionante novela de lealtades, u obediencias: no es lo mismo, y traiciones, y también, claro, una película: la hizo Losey en 1972—; es también una pormenorizada reconstrucción de los últimos años de la vida errante de Trotsky, presintiendo que Stalin le alcanzaría; y es, por último, la historia de un joven cubano, Iván, para quien la vida es un callejón sin salida y que conoce en 1977, en una playa, a un hombre que amaba a los perros, que pasea dos viejos galgos rusos, dos borzois, esos animales que tanto amó —también— Trotsky, como ama —también— el cubano a los perros en general. Ese misterioso español, enfermo y abandonado, le confía su secreto; el lector ya lo adivina enseguida, Iván tarda más: es Ramón Mercader, quien falleció en Cuba en 1978. Los perros, pues, con una insistencia que a mí no me acaba de convencer, unirán las tres historias y con las tres Padura ha escrito una ambiciosa novela, que se

lee con mucho interés, aunque tal vez se hubiera beneficiado de una mayor capacidad de síntesis. La parte del Trotsky huyendo es muy prolija, como si Padura no hubiera acertado al manejar la mucha documentación; la parte de Mercader no se libra tampoco de un exceso de datos, aunque es la que mejor fluye; y, por fin, la parte cubana, con la que Padura está comprometido moralmente, es por sí misma una novela: es acertado ese “efecto mariposa” de la utopía socialista y cómo aquella barbarie estalinista acaba, tantos años después, tantos sueños rotos después, tanta sangre derramada después, perjudicando las vidas anónimas como las de Iván o Ana, su mujer, también ella amaba a los perros. El único pero, pues, aunque estructural, que cabría hacer es éste, que nos da seiscientas páginas, donde caben tres novelas, y el total se resiente algo. En cambio, la ambición se le reconoce. •

dad con sus dolores particulares. Asume sus penas, aunque no las comparta. Discrepa de las melodías de rock que marcaron su juventud, pero respeta y hasta admira que sus vidas tengan alguna melodía para aferrarlos a los recuerdos, los buenos y los malos. Su inteligencia es su generosidad emocional. Hay un personaje en la novela que ya está muerto cuando ésta comienza. Es Lucas, el padre de la mejor amiga de Martina. Es posible que Lucas haya sido el padre que siempre deseó tener Martina, en la medida en que los hijos a veces elegimos a nuestros verdaderos padres. Lucas es la metáfora del milagro del entendimiento generacional a partir de una canción de rock. “Hay una parte donde nunca nos abrazan”, recuerda Martina que un día le dijo Lucas. No es un fragmento de canción inolvidable, pero merecería serlo.

Puede que el lector crea que Martina esté buscando un lugar exacto en el mun-



do sólo para ser feliz. Pero las cuestiones que sublevan a Martina, desde las recientes barricadas de jóvenes en Atenas hasta la prosperidad de plástico a que la conduce la sociedad de consumo, son algo más complejas. En *Después de la teoría*, el teórico inglés Terry Eagleton reflexiona sobre la felicidad: “La felicidad se refiere a vivir y actuar bien, no sólo a sentirse bien”. Ello es el núcleo de la felicidad aristotélica. Me parece que para Martina la felicidad es ser justa. Su deseo de ser punk no está en la línea de venir al mundo sólo para pasárselo “guay”, sino más bien en una tesitura política. Por eso nos dice Eagleton: “Como todos nuestros deseos son sociales, tienen que situarse en un contexto más amplio, que es la política. La política radical es la reeducación de nuestros deseos”. En cierta manera, los deseos de Martina son románticos. Su incomodidad con el mundo es romántica. Y ese romanticismo es el que canaliza su ira hacia el bien, afila su percepción de las arbitrariedades y hace que sus posibles errores, los suyos, sean la materia de su pureza desmitificadora. La belleza de *Deseo de ser punk* estriba en su cálculo, como exigía Italo Calvino de las buenas novelas, cálculo y buena definición. El arte de cuadrar la impotencia de los años jóvenes con los deseos más impresionables. •